

El Manuscrito

Gaceta literaria del Colectivo Luis Enrique Délano. Año 1, número 6, septiembre de 2021.

Carta de Nicomedes Guzmán a Fernando Santiván por *La sangre y la esperanza*

Obra fundamental de Nicomedes Guzmán y de la literatura chilena del siglo XX, *La sangre y la esperanza* irrumpe en la escena nacional en 1943, retratando con un lenguaje audaz y directo el crudo panorama social de Chile, reflejado en la miseria que viven los pobladores en el entorno del río Mapocho. Como diría el autor, “refugio de vagabundos, trabajadores del ripio y recolectores de desperdicios posibles de industrializar. Un barrio trágico, pero de una arisca y avasallante belleza que intenté desentrañar”.

El impacto de la novela fue tal que, dos años después de su publicación, la crítica seguía analizándola. En ese contexto, durante el verano de 1943, Fernando Santiván, quien obtendría el Premio Nacional de Literatura, remitió en una misiva a Nicomedes Guzmán el recorte de prensa con el artículo que había escrito sobre esa pieza monumental de la narrativa. La carta de respuesta del creador chileno fue fechada el 23 de marzo del mismo año y señala lo siguiente:

“Gracias. Sencillamente quiero decirle que usted dio en aquellos detalles del libro en que los críticos oficiales no dieron. Usted fue a la intimidad y sacó a la luz lo que precisamente yo deseaba que los críticos descubrieran. No quiero declarar que esté disgustado con los que profesan en la labor crítica. De ninguna manera. Pero es que ellos se preocupan demasiado de la cosa formal y superficialmente bella o fea. Usted procedió de un modo diferente. Si su comentario me halaga no es precisamente por lo que él tiene o pueda tener de alabanza, sino porque usted descubrió lo que yo realicé para demostrar una verdad acerca de nuestro aporreado y heroico pueblo. Como nadie había calado en lo que quise hacer y decir, estaba pensando que tal vez hubiera fallado en mi intento. Después de su comentario, pienso lo contrario. Le repito mis gracias [...]. Un saludo cordialísimo de su amigo Nicomedes Guzmán”.



Conmemoración de los 48 años del Golpe de Estado

“Hay que soñar, pero a condición de creer seriamente en nuestro sueño, de examinar con atención la vida real, de confrontar nuestras observaciones con nuestro sueño, de realizar escrupulosamente nuestra fantasía”.

V.I. Lenin

El largo-corto transcurrir entre el pasado reciente y el presente nos encuentra hoy día en un nuevo momento singularísimo: uno en el cual todo indica se están “volviendo a abrir las grandes alamedas” como nos legó póstumamente el líder y Compañero-Presidente S. Allende G. Pero cuidado. La memoria histórica resulta fundamental. El 11 de septiembre de 1973, las élites dominantes y sus aliados, incluyendo por cierto el accionar del imperio del norte, fraguaron, desde el mismo día de la elección de Allende y la UP, las condiciones para imposibilitar el sueño republicano, es decir, el encaminarnos hacia un ejercicio real de una soberanía popular en los asuntos internos y externos del país. Un pueblo soberano que se autogobierna no solo en los temas de la política, sino también en aquellos relacionados con la economía, la cultura, y nuestra inserción latinoamericanista de no alineados.

Este sueño venía de muy lejos. Hay que reconocerlo. Desde las primeras luchas obreras, de trabajadores, de campesinos, de profesionales y sectores medios, pasando por el Frente Popular y la “revolución en libertad”. Todos estos impulsos y movimientos sumaron esfuerzos, luchas, creatividad, compromisos y acuerdos -y claro, también muchos dejaron en ello sus vidas, sus ojos-, por criticar, cuestionar y confrontar -día a día- a las oligarquías, que en todo el devenir desde nuestra primera independencia, no han cesado en usar todos los medios a la mano para impedir la concreción de un Chile soberano, popular, igualitario, justo, descolonizado y latinoamericanista. Hace 200 años venimos persiguiendo esta utopía y este sueño. Hoy, con el ejemplo de S. Allende, la UP, todos los caídos después del 11 de septiembre hasta hoy y el accionar consciente de un pueblo que “despierta” tras 40 años de dominio neoliberal, estamos nuevamente un paso más cerca de su concreción.

Pablo Salvat, profesor

Editorial: Un legado vigente

Son 48 de años de memoria pertinaz. El Chile de 1973 vivió las perturbaciones de un cambio de época, la oligarquía entendida como una burguesía agraria de carácter patronal, con nexos comerciales y financieros, pero expresada fundamentalmente en el latifundio, arquetipo de un orden social sustentado en el derecho a la tierra y que ofrecía paz social a cambio del sometimiento: llegaba a su fin. Los proyectos de reforma agraria, iniciados de manera tibia por Jorge Alessandri, profundizados por Eduardo Frei y llevados a su máxima expresión con Salvador Allende, marcan el fin de una forma de pensar y ejercer el poder.

La Unidad Popular representó el espíritu de esa época. La necesidad de una democracia más participativa, con mayor justicia social y reconocimiento de derechos laborales, sociales y culturales. El 4 de septiembre de 1970, la alianza de izquierda ganó con toda legitimidad en las urnas. Salvador Allende, encabezó esa esperanza, ese deseo llevado al terreno de lo posible a partir de las 40 medidas -y pagó con su vida- como muchos de quienes formaron parte de su gobierno: al tratar de implementarlas.

La pérdida de ventajas comparativas, esa desazón de ver lo que consideraban sus espacios naturales invadidos por los plebeyos, genera las condiciones para una cicatriz que cruza, la geografía de *La Patria*. Así, el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, apoyado económica e ideológicamente por la política exterior norteamericana, tiene su caldo de cultivo en una sociedad en crisis -y por tanto- de sus códigos de orden patriarcal, clasista, militarista y de sello portaliano. Las Fuerzas Armadas, con el uso del terrorismo de Estado: desapariciones forzadas, torturas, exilio y censura, construyen a la nueva élite mercachifle, fruto del saqueo y de las políticas de shock. Luego de largas luchas que valen una canción de gesta, se logró derrotar la dictadura, en pos de una alegría negada. Acumulada la desesperanza, por 30 años de mentiras y abusos al amparo de la transición, se abre, producto de la rebelión del 18 de octubre de 2019, la oportunidad histórica de imaginar un país más justo. Esa fuerza impugnadora y de transformación, posee en parte el legado de la Unidad Popular y de Salvador Allende.

La viva fuerza de las palabras

Los que no se mueven no escuchan el ruido de sus cadenas.

ROSA LUXEMBURGO

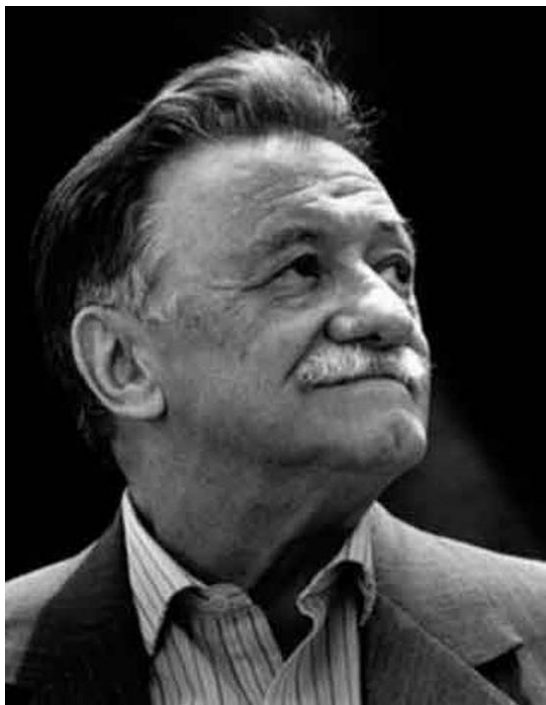
Salvador Allende en la Universidad de Guadalajara: extracto de su discurso

Pasé por la Universidad no en búsqueda de un título solamente; porque fui dirigente estudiantil y porque fui expulsado de la Universidad, puedo hablarles a los universitarios a distancia de años; pero yo sé que ustedes saben que no hay querrela de generaciones: hay jóvenes viejos y viejos jóvenes, y en estos me ubico yo. Hay jóvenes viejos que no comprenden que ser universitario, por ejemplo, es un privilegio extraordinario en la inmensa mayoría de los países de nuestro Continente. Esos jóvenes viejos creen que la Universidad se ha levantado como una necesidad para preparar técnicos y que ellos deben estar satisfechos con adquirir un título profesional. Les da rango social y el arribismo social, caramba -qué dramáticamente peligroso-, les da un instrumento que les permite ganarse la vida en condiciones de ingresos superiores a la mayoría del resto de los conciudadanos. Y estos jóvenes viejos, si son arquitectos, por ejemplo, no se preguntan cuántas viviendas faltan en nuestros países y, a veces, ni en su propio país. Hay estudiantes que con un criterio estrictamente liberal, hacen de su profesión el medio honesto para ganarse la vida, pero básicamente en función de sus propios intereses. Allí hay muchos médicos -y yo soy médico- que no comprenden o no quieren comprender que la salud se compra, y que hay miles y miles de hombres y mujeres en América Latina que no pueden comprar la salud; que no quieren entender, por ejemplo, que a mayor pobreza mayor enfermedad, y a mayor enfermedad mayor pobreza y que, por lo tanto, si bien cumplen atendiendo al enfermo que demanda sus conocimientos sobre la base de los honorarios, no piensan en que hay miles de gentes que no pueden ir a sus consultorios, y son pocos los que luchan porque se estructuren los organismos estatales para llevar la salud ampliamente al pueblo.

Por eso, repito, yo que soy un hombre que pasó por la Universidad, he aprendido mucho más de la Universidad de la vida: he aprendido de la madre proletaria en las barriadas marginales; he aprendido del campesino, que sin hablarme, me dijo la explotación más que centenaria de su padre, de su abuelo o de su tatarabuelo; he aprendido del obrero, que en la industria es un número o era un número y que nada significaba como ser humano, y he aprendido de las densas multitudes que han tenido paciencia para esperar.

Por eso, sin decir que la juventud será la causa revolucionaria y el factor esencial de las revoluciones, yo pienso que la juventud por ser joven, por tener una concepción más diáfana; por no haberse incorporado a los vicios que traen los años de convivencia en nuestros días -burguesa- porque la juventud debe entender que 8 debe ser estudiante y trabajadora; porque el joven debe ir a la empresa, a la industria o a la tierra. Porque ustedes deben hacer trabajos voluntarios; porque es bueno que sepa el estudiante de medicina cuánto pesa un fardo que se echa a la espalda el campesino que tiene que llevarlo, a veces, a largas distancias; porque es bueno que el que va a ser ingeniero se meta en el calor de la máquina, donde el obrero a veces, en una atmósfera inhóspita, pasa largos y largos años de su oscura existencia; porque la juventud debe estudiar y debe trabajar, porque el trabajo voluntario vincula, amarra, acerca, hace que se compenetre el que va a ser profesional con aquel que tuvo por herencia las manos callosas de los que, por generaciones, trabajaron la tierra.

Guadalajara, Jalisco, 2 de diciembre de 1972



Creación literaria

Desaparecidos

Están en algún sitio / concertados
desconcertados / sordos
buscándose / buscándonos
bloqueados por los signos y las dudas
contemplando las verjas de las plazas
los timbres de las puertas / las viejas azoteas
ordenando sus sueños sus olvidos
quizá convalecientes de su muerte privada

nadie les ha explicado con certeza
si ya se fueron o si no
si son pancartas o temblores
sobrevivientes o respuestas

ven pasar árboles y pájaros
e ignoran a qué sombra pertenecen

cuando empezaron a desaparecer
hace tres cinco siete ceremonias
a desaparecer como sin sangre
como sin rostro y sin motivo
vieron por la ventana de su ausencia
lo que quedaba atrás / ese andamiaje
de abrazos cielo y humo

cuando empezaron a desaparecer
como el oasis en los espejismos
a desaparecer sin últimas palabras
tenían en sus manos los trocitos
de cosas que querían

están en algún sitio / nube o tumba
están en algún sitio / estoy seguro
allá en el sur del alma
es posible que hayan extraviado la brújula
y hoy vaguen preguntando preguntando
dónde carajo queda el buen amor
porque vienen del odio

Mario Benedetti (Paso de los Toros, 1920. Montevideo, 2009). Escritor uruguayo. Fue un destacado poeta, novelista, dramaturgo, cuentista y crítico. Junto con Juan Carlos Onetti, es la figura más relevante de la literatura uruguaya de la segunda mitad del siglo XX y uno de los grandes Boom de la literatura hispanoamericana. Su obra es tan prolífica como popular; novelas suyas como *La tregua* (1960) o *Gracias por el fuego* (1965) fueron adaptadas para la gran pantalla, y diversos cantantes contribuyeron a difundir su poesía musicalizando sus versos.

Ni castos ni puras

Éramos jóvenes, ínfimos.
Todo ocurrió del amanecer al mediodía.

Y perdimos los trayectos y el aliento.
Y quedamos con el alma a cuestas
y con ella transitamos
y a veces se detiene
y uno a la deriva.

Éramos justos
y justas,
ávidos y ávidas
el uno para el otro-
tal para cual-

Ni castos ni puras, mujeres y hombres a flor de piel.
Y quedamos como nos ven, con esta cicatriz que nos atravesia.

Éramos cantantes y cantantas.
Poetas y poetas.
Bailarinas y bailarinos e ingenuos.
Éramos toda la gama.

La suma de estrellas, que alumbran,
Titilan y mueren.

Y quedamos huérfanos de afanes.
De deletrear canciones.
De bailar apretado.
De fogatas en la playa.

Éramos jóvenes y todo ocurrió del amanecer al mediodía.

Perdimos los trayectos
y el aliento.

Hoy, con esa cicatriz que nos cruza el pecho.
Seguimos siendo; justos y justas, poetas y poetas.
... toda la gama...

Alicia Salinas Álvarez, Nació en Lautaro, Región de La Araucanía. Es escritora, traductora y profesora de Literatura y Lengua Rusa. Durante un largo exilio cursó estudios en la Université de Vincennes à Saint-Denis París 8, Francia. Facultad de Artes y Filosofía. Viaja a Moscú y realiza sus estudios en la Universidad de Moscú (Amistad de los Pueblos). En 1982 se gradúa como Profesora y Traductora de Literatura y Lengua Rusa. Obtiene el grado de Magíster en Ciencia Filológica. Alicia Salinas A., comenzó a escribir poesía en un taller dirigido por la poeta Cecilia Casanova, es considerada poeta de la *Generación de los 80*. Ha publicado una amplia variedad de cuentos, poemas, y ha sido galardonada con importantes premios del mundo literario.



Equipo editorial:
Omar Cid, Isabel Gómez y David Hevia
Escríbenos a:
colectivoluisenriquedelano@gmail.com

